

EL ÚLTIMO EMPERADOR DE CHINA:  
UNA VIDA ENTRE DOS INTERPRETACIONES DEL  
MUNDO Y ENTRE DOS CONCEPTOS DE  
FORMACIÓN

*Clara Inés Ríos Acevedo\**



El Último Emperador

CINE Y PEDAGOGIA

- **Resumen**

Los procesos de reeducación política, sea el Estado totalitario que sea, establecen los nexos entre pedagogía, moral y proyecto político. La reeducación ejemplificada aquí con el caso de Pu Yi, último emperador de la dinastía Ching, manifiesta con claridad el papel de la culpa en la reorientación de un sujeto y su adaptación comprometida con un proyecto social, a veces, incompatible con su visión anterior del mundo.

*The Last Emperor: A Life Between Two Interpretations of the World and Two Educational Concepts*

- **Abstract**

Political reeducational processes in any totalitarian State establish links among pedagogy, morale, and political projects. Pu Yi's\* reeducational process shows clearly the role of guilt in the reorientation of an individual and his adaptation compromised with a social project, which many a time is not in accordance with his former perception of the world.

*"Le dernier empereur": Une vie entre deux interprétations du monde et entre deux concepts de formation*

- **Resumé**

Les processus de rééducation politique, dans quel que soit l'État totalitaire, établissent les liens entre la pédagogie, la morale et les projets politiques. La rééducation illustrée ici par le cas de Pu Yi, dernier empereur de dynastie Ching, met en évidence le rôle de la faute dans la réorientation d'un sujet et son engagement dans un projet social parfois incompatible avec sa vision antérieure du monde.

Profesora Facultad de Educación . Universidad de Antioquia.

Dirección: [cira@oem.es](mailto:cira@oem.es)

---

**Palabras claves:** formación, reeducación, culpa, maestro, tutor

**Keywords:** education, reeducational concept, guilt, teacher, tutor

**Motsclés:** formation, rééducation, faute, maltre, mentor

---

## SÍNTESIS HISTÓRICA

La vida del último emperador de China transcurre entre 1906 y 1967, está atravesada por la revolución rusa de 1917, la segunda guerra mundial 1939-1945 y el ascenso al poder del partido comunista chino en 1950. Despojado del poder político en 1911, cuando se llevó a cabo su primera abdicación, fue definitivamente destronado en 1924 y asilado por los japoneses, quienes tenían sus intereses expansionistas puestos en el nordeste de China. A Pu Yi lo sucedió la primera democracia constitucional china establecida en 1911. En 1932 es nombrado por los japoneses como gobernante de Manchukúo, el nombre que le dieron al Nordeste de China invadido; pero las circunstancias políticas que desembocaron en la segunda guerra mundial provocaron su tercera abdicación. En 1945 a los enfrentamientos del ejército japonés, en desventaja frente a las fuerzas comunistas, se sumaron la capitulación alemana y la declaración de la guerra de la Unión Soviética al Japón. En consecuencia, los soviéticos apoyaron a China y desalojaron a los japoneses del Nordeste hasta tomar prisionero a Pu Yi, quien permaneció en reclusión en Rusia desde 1945 hasta 1950 cuando fue remitido a China para ser juzgado por el régimen comunista implantado ese año por Mao. En 1959 recibió el indulto y se integró a la sociedad hasta el término de su vida en 1967.

El último emperador de China, Pu Yi, nació en Pekín, en el seno de una familia tradicional de la alta aristocracia de la Dinastía Ching, y a los dos años y diez meses fue separado de su madre y nombrado emperador. Creció con diez "esclarecidas madres" que siempre le daban el tratamiento de emperador y a quienes sólo veía en las rutinarias visitas oficiales, por esto "a pesar de ser rico en madres"<sup>1</sup> no conoció el amor maternal. A esta edad, "la emperatriz viuda occidental", Tze Hsi, le designó sucesor al Trono del Dragón con la intención de que un regente obediente le permitiera continuar ejerciendo indirectamente el poder y, con ese fin, nombró regente al padre del emperador niño. Pero unos pocos días antes de la entronización, la emperatriz viuda "montó el Dragón para desaparecer por los aires" (21).

No era fácil formar y amar a un monarca por inspiración divina a quien se debía reverenciar, y quien desde su más temprana infancia no **vió** más que personas que se arrodillaban ante él, hasta el punto de llegar a creer que "todo el país se elevaba sobre tierras del emperador" y que "el cielo de esas regiones no conocía otro señor" (57). Ante la costumbre de matar el tiempo mediante tormentos y martirios, los eunucos se sentían dispuestos a satisfacer sus deseos "por temor a caer en desgracia" (82) y sus relatos fantásticos le solían provocar la "sensación de que dioses y espíritus estaban tan sólo presentes para complacer al emperador"(78). Sólo Wang Momo logró inculcar algunos sentimientos humanos que fueron desapareciendo con el tiempo desde que, sin su consentimiento, fue separado de ella por orden de las esposas imperiales cuando tenía nueve años. El método de la nodriza sabía evadir su condición divina con el echo simple de preguntar:

"-¡Señor! ¿Creéis que alguien será capaz de comer eso si echáis las virtutas de hierro?"

"-¡Habrà que ver la cara que pone cuando lo muerda!"

"-Se romperà los dientes y cuando no tenga dientes no podrà comer."

1 El número entre paréntesis indica la página de donde ha sido tomada la cita

"-¿No podemos, siquiera por una vez, comprobar cómo alguien se rompe los dientes?

"-¿Y si cogéis guisantes secos?" (83).

Cuando cumplió cinco años, "la viuda imperial Lu Yu eligió entre los sabios del imperio tres tutores" (64) para el emperador: Lu Run-Hsiang, Yikodan y Chen Bao-chen. El primero murió un año después de su nombramiento y el segundo le "dio clases por espacio de nueve años, hasta que la muerte puso fin a su paciente pero inútil esfuerzo pedagógico" (70). Chen Bao-Chen, en cambio, le acompañó por un tramo mucho más largo de su vida. Su inicial desinterés por las clases y su comportamiento inquieto, hizo que sus preceptores sugirieran que tuviera otros compañeros de estudio. Fue así como otros niños, no sólo tuvieron el honor de ser sus condiscípulos, sino el "privilegio de poder entrar a caballo en la Ciudad Prohibida" (68). Pero el honor de compartir sus clases, salvo Pu Chie quien también era tabú por ser su hermano, incluía el de recibir por él las reprimendas y castigos por el incumplimiento de sus tareas, dado que "¡No podía reprenderse al emperador!" (68). Se entretenía de tal modo con las columnas de hormigas que "subían y bajaban incansablemente» por el tronco de los árboles, o coleccionando grillos y gusanos, que muchas veces le solía suceder en la sala de estudio, que sus pensamientos se dirigían automáticamente a estos "animalillos amigos y sólo pensaba en los medios y sistemas" para quedarse libre y poder divertirse con ellos. En una ocasión, saboreaba unas golosinas extranjeras que su preceptor de inglés le regaló, situación que aprovechó para explicarle el procedimiento químico y el sistema de empaque de los caramelos, cuando de pronto recordó a sus hormigas del árbol y corrió hasta ellas para que "probaran aquellos sabores obtenidos químicamente", mientras su preceptor se quedó a solas hasta el final de la clase. Mas cuando llegaba el atardecer debía estar en sus habitaciones, pues "tan pronto caía el crepúsculo [...] sonaban desde el Palacio de la Pureza Celestial los gritos rituales: '¡Cerrad las puertas!', '¡Echad los cerrojos!', '¡Cuidad las luces y los fuegos!'. En unánime respuesta se cerraban todas las puertas y portales como impulsados por una mano mágica" (80). Después, con la alborada, iba emergiendo el "amarillo radiante", exclusivo privilegio de la familia

imperial que acompañó su infancia; el velo amarillo que siempre lo rodeaba y que cubría los tejados, los platos y los vasos, las pastas de los libros, las cortinas de sus habitaciones, las riendas de su caballo... (49).

Después de tres años de reinado, en los que no sabía exactamente qué le ocurría, hizo su primera abdicación tras la exigencia de las fuerzas políticas de la implantación de una monarquía constitucional en China. Entonces, la emperatriz viuda Lung Yu, promulgó en su nombre el edicto de la abdicación y firmó el Tratado de Buena Voluntad que le garantizaba al monarca y a la corte una importante subvención anual y la protección de su propiedad privada. Fue más tarde cuando comprendió que su influencia se limitaba "estrictamente al perímetro de la Ciudad Prohibida" (97) y que el poder real estaba en el régimen constitucional establecido. La esperanza de la restauración de la dinastía Ching finalmente devolvió el poder a Pu Yi cuando tenía 11 años. En aquel entonces siguió estrictamente la instrucción de Chen Bao-Chen, su preceptor: "Chang Hsun ha venido a traer el poder a Vuestra Majestad. [...] Vuestra Majestad debe acceder a los deseos de Chang Hsun [...] y decirle textualmente: 'Si ésta es la situación, nos vemos obligados a echar sobre nosotros la carga que se nos exige'" (111). Recuperado el poder, su padre se contó entre el grupo de oposición que consideraba que el líder restaurador usurpaba los derechos políticos del emperador; pero Pu Yi hizo caso omiso de sus palabras y siguió el consejo de su preceptor que apoyaba al vencedor. La restauración sólo duró doce días y en esta ocasión el emperador tuvo plena conciencia de su segunda abdicación.

Cuando a los trece años le comunicaron que su preceptor de inglés sería un extranjero, no pudo evitar sentir una inquietud no desprovista de cierto recelo, pues cuando conoció por primera vez a los extranjeros, "la vista de sus repugnantes ojos y cabellos de diversos colores y los extraños vestidos provocaron a la sazón un gran temor" (138). Johnston fue conducido ante el trono del emperador y allí le hizo "una profunda reverencia". Después de que el emperador se levantó y le estrechó la mano "se inclinó por segunda vez y salió del salón", pero pronto retornó y en aquella ocasión le tocó al emperador inclinarse ante él. Con aquél gesto le reconoció como maestro

(134). El joven emperador pronto se convenció que Johnston no era tan terrible como se lo había imaginado. "Había en todos sus gestos un aire de decisión y de resolución que llegaban a imponer" y, a veces, lo desconcertaban la mirada de sus ojos azules y sus cabellos de color castaño, encanecidos en algunos extremos (134). Lo que Pu Yi no sabía era que su nuevo preceptor había sido enviado por el presidente y que algunos dignatarios habían presionado para que la Casa Imperial lo aceptara, con la intención de que el emperador fuera protegido por la embajada inglesa; tampoco imaginó que Johnston escribiría un libro titulado *Crepúsculo en la Ciudad Prohibida*.

Igual que los demás, su nuevo preceptor lo trataba respetuosamente de "Vuestra Majestad", sin embargo, Pu Yi no dejó de tener la oportunidad de contemplar su "rostro púrpura de ira" (135). Este escocés, hombre culto, suscrito a más de veinte periódicos y revistas occidentales, pero compenetrado con la cultura china en la que vivía desde hacía más de veinte años, resultó dotado de una paciencia infinita en sus relaciones entre maestro y alumno, lo que provocó una amistosa confianza. Cuando el alumno se distraía, aguardaba "sin decir palabra que terminara la hora de la clase" (137), pero como la clase se hacía agradable, el emperador comenzó a prestarle oídos. Johnston se había propuesto educarlo como un 'gentleman' británico y lo consiguió, a tal punto que cuando cumplió catorce años decidió que en lo sucesivo vestiría como él, encargó que le compraran trajes europeos y comenzó a imitarlo en su arreglo personal hasta llegar "a considerar perfume el olor de neftalina de su traje" (138). Fue él quien lo hizo concebir la idea de que para "el perfeccionamiento de su instrucción y sus virtudes" no era imprescindible vivir en la Ciudad Prohibida, y que podía "adquirir la necesaria ciencia y al mismo tiempo ampliar sus horizontes" en Inglaterra, donde había estudiado el príncipe de Gales (141). Sin embargo, no fue Johnston el preceptor que ejerció mayor influencia sobre el emperador, sino Chen Bao-Chen, su instructor en historia china. Fiel al emperador y a su dinastía, antes de que la prudencia "comenzara a afectar un tanto las relaciones entre ambos", llegó a ser para el emperador "la única autoridad: Confiaba en su consejo para la solución de todos [sus] problemas." [...] "Pero sobretodo, era su manera de conversar lo que hacía que [se] entendiera con él a las mil maravillas" (71). Sin embargo, con el

correr del tiempo, el carácter unilateral que sus preceptores chinos daban a la docencia llegó a resultarle insoportable, sobretodo porque estaban en contradicción con sus anhelos. También los eunucos se cuentan entre sus primeros maestros, pues fue un eunuco quien lo instruyó en los intrincados detalles de la etiqueta palaciega, y otro, su primer maestro de chino, por el que aprendió que unos eran odiosos y otros peligrosos; con ellos aprendió además a experimentar "un absurdo temor a los espíritus y los demonios" (79).

En el año en el que se suicidó su madre, Pu Yi cumplió 15 años, la edad de las "grandes nupcias". Entones se constituyó una comisión encargada de preparar el matrimonio, el cual se celebró más de dos años después, tiempo que requirieron dos de las esposas imperiales para ponerse "de acuerdo en la elección de la futura emperatriz" (142), dada la "influencia que la elección de la novia tendría sobre la futura posición de las dos viudas en la corte" (143). Finalmente eligió entre cuatro fotografías cuya falta de nitidez no le permitió decidirse por la más hermosa y eligió por el estilo de los vestidos, esperando casarse con la que tenía el más "especial sentido del gusto" (144). Fue así como, sin saberlo, eligió a Wen Hsiu. Sin embargo, como consecuencia del desacuerdo entre las viudas imperiales, debió cambiar esta decisión y le fue sugerido hacer de su preferida su segunda esposa y, luego, marcar la foto de Wang Rung con un pequeño círculo indicando que la elegía como emperatriz. En esta ocasión se sintió interiormente irritado por que no le "hubieran dicho previamente a quién tenía que elegir" (144). Tan sólo cuando la emperatriz apareció ante él, "con el rostro oculto por un velo con dragones y aves fénix bordados" (148), experimentó curiosidad y quiso saber qué aspecto tenía. Penetraron juntos en la cámara nupcial, en aquella lóbrega cámara roja, en la que no se veía "otra cosa que el color rojo: la colcha roja, las rojas almohadas, la roja ropa de cama, una chaqueta roja, flores rojas, mejillas rojas..." (148). Entonces pensó que era mucho más acogedor su dormitorio, abrió la puerta y salió corriendo hacia sus habitaciones. Allí, en aquél momento, ante el echo de tener una emperatriz y una concubina, pensó en recobrar la herencia de sus antepasados. Tras sus nupcias, hizo todo lo posible por descubrir el paradero de Wang Momo, la encontró y decidió seguir cuidando de ella.

Si bien algunos príncipes y altos dignatarios eran del parecer que el emperador debía viajar a una temporada de estudio en el extranjero, cuando él expresó este deseo, casi todos se manifestaron en contra. Su insistencia para ir al extranjero no sólo se basaba en la comprensión de los vaivenes políticos que ponían en peligro su vida, sino también en el hecho de que todos cuantos le rodeaban, incluido su padre, se hacían insoportables, además, sentía una intensa curiosidad hacia el mundo que Johnston le había descrito. A los 14 años, por Johnston lo enteró de la existencia y funcionamiento del teléfono. Entonces, ordenó que instalaran uno en su palacio. El mariscal que recibió su orden palideció de horror, a partir del día siguiente sus tres preceptores chinos empezaron a tratar de quitarle esta idea de su mente y, aunque argumentaban que si cualquiera podía hablar con el emperador perdería dignidad imperial, que realmente los preocupaba la perspectiva aterradora de que pudiera ponerse en contacto más estrecho con el mundo exterior (153). Como sus preceptores no lograra disuadirlo, el organismo de la corte recurrió a la influencia del padre, quien estaba interesado en que Pu Yi no saliera de la Ciudad Prohibida para poder seguir cobrando una subvención anual, y a pesar de las palabras de éste, carentes de toda elocuencia, dió la orden irrestricta de que se instalara un teléfono. A través del teléfono, en una de sus primeras incursiones, consiguió que un actor famoso de la Opera de Pekin le visitara e hizo que le "explicara los lugares que había visitado en el extranjero" (155). Pero cuando a los 17 años notificó su decisión de abandonar la Ciudad Prohibida, de la cual había salido dos veces para conocer los alrededores de su palacio, los príncipes y dignatarios se negaron rotundamente por lo que decidió preparar su huida hacia el extranjero.

En primer lugar, consultó a Johnston y en Pu Chie encontró un fiel auxiliar pues los hermanaban idénticos anhelos. Fue así como para alcanzar independencia económica, Pu Yi "regalaba" a Pu Chie preciosas piezas de las antiguas colecciones imperiales. Después de seis meses decidieron planear la huida de la Ciudad Prohibida. Para entonces ya sabían que el emperador "sólo podía salir sano y salvo si (se) refugiaba en el barrio de las embajadas" (157). Hechos los contactos pertinentes se concretó que el embajador de Holanda "mantendría dispuesto un coche en la puerta del Chen Wu, y que asumiría

la responsabilidad de la manutención del emperador desde el ingreso a la embajada hasta su matrícula en una universidad británica. "Comenzó entonces la tarea de encontrar una posibilidad de franquear aquella puerta" (157). Se trataba de evadir a los eunucos a su servicio, a los de la guardia interior de palacio, "a la guardia situada ante los muros de palacio y a las 'patrullas de protección' apostadas al otro lado de la puerta de Chen Wu" (157). Entonces decidió comprar a los eunucos que consideró necesario, pero antes de salir de las habitaciones, llegó hasta ellos la noticia de que su padre, el regente, "había dado orden de que nadie atravesara, en cualquier dirección, las puertas de palacio" (158). Entonces se consideraron derrotados. A partir de ese momento comenzó "a considerar como una amenaza [...] los muros de palacio" (158), que se contraponían a su deseo de restablecer "la herencia de [sus] antepasados fuera de la Ciudad Prohibida" (159). Para esta época, Johnston sugirió al emperador escuchar en lo concerniente a la regencia del palacio la opinión de Cheng Hsiao-Hsu, un hombre perteneciente al organismo de la corte que había sido cónsul en el Japón bajo el imperio de los Ching y a quien rápidamente nombró su consejero. Tras intentar asumir la regencia del palacio y reformar el organismo de la corte para evitar el saqueo del tesoro y fracasar en su intento, el emperador se vio abocado a esperar la decisión sobre la petición de un grupo de republicanos de anular el Tratado de Buena Voluntad, transferir la Ciudad Prohibida a la república; expulsar a la corte y al emperador de palacio. Mientras tanto, su "vida aparecía aquellos días más desgarrada que nunca por las contradicciones" (175).

"Esta forma de vivir, sin objetivos concretos, ni un planteamiento mínimamente serio y llena de profundas contradicciones", (176) duró hasta los 18 años. Entonces, "los centinelas de palacio fueron desarmados y, en su lugar, unidades del ejército nacional ocuparon los cuarteles Ching [...] se colocaron centinelas del ejército nacional en la puerta de Chen Wu" (177). Presa de temor envió a Johnston un mensaje para que tramitara su asilo en una embajada. El gran mariscal que le entregó el escrito oficial, le informó con voz entrecortada que debía firmar la anulación del Tratado de Buena Voluntad y que tenía que desalojar el palacio en el término de tres horas. Entonces, desesperado, se precipitó sobre su padre para preguntarle "¿qué ocu-

riría ahora?", pero éste "permaneció inmóvil como si le hubieran salido súbitamente raíces" y después de unos momentos respondió con un tono balbuciente: "Yo obedezco... las órdenes del emperador" (179). El ejército nacional dispuso automóviles para el traslado de la corte y, en uno de ellos, Pu Yi se dirigió a la residencia de su padre. Una vez sentado en la biblioteca, alcanzó a pensar que "había buscado refugio en una guarida de tigres" (201). Los mensajeros que tenían la misión de encontrar medios y caminos para conseguir su liberación de manos del ejército nacional, no habían alcanzado a llegar y su padre, incapaz de tomar decisiones y completamente exaltado, lo único que hacía era contribuir a hacer más tensa la atmósfera. A pesar de que la Residencia del Norte estaba rodeada de soldados, permitieron el ingreso a los príncipes, los altos dignatarios y los preceptores, incluido Johnston. Poco después entró un consejero con dos japoneses que le propusieron el primer plan de huida, pero príncipes, dignatarios y preceptores se opusieron argumentando la dificultad de burlar la guardia nacional. Por aquellos días se hizo pública la escalofriante exigencia del movimiento rojo del autogobierno del pueblo, que daba a la situación un nuevo tinte político, por lo que sus consejeros le advirtieron que un levantamiento agitado por el Partido Comunista podría acabar con su vida. Entonces, con Johnston y Cheng Hsiao-Hsu, se dio a la tarea de trazar un minucioso plan para huir de la Residencia del Norte hacia el barrio de las embajadas, oculto a su padre y a los republicanos. Salió en compañía de Chen Bao-Chen y pronto estuvo en un automóvil con Johnston a bordo en la ejecución de la primera parte de su plan. Mientras esperaba en el hospital del barrio de las embajadas, Johnston se dirigió a las embajadas británica y holandesa, pero Cheng Hsiao-Hsu que llegó con Chen Bao-Chen tras la salida de Johnston, le sugirió dirigirse a la embajada japonesa. En estado de alarma y confusión el emperador recorrió riesgosamente en coche, en compañía de Cheng, los 500 metros que lo separaban de la embajada japonesa.

El soberano abdicado fue tratado en la embajada con extraordinaria cortesía e instalado en una amplia residencia donde pudieron acomodarse los miembros de su corte también. Entre peticiones para su regreso a la Residencia del Norte, solicitudes de restablecimiento del Tratado de Buena Voluntad y sugerencias de planes para la res-

tauración, aconteció su décimo noveno cumpleaños. La embajada dispuso para esta ocasión el salón de recepciones al que llegaron cerca de quinientas distinguidas personalidades de su estirpe. Gracias a la cortesía del anfitrión, "el ceremonial correspondía en todos sus detalles al utilizado usualmente en palacio: amarillo imperial por doquier" (217), lo que le provocó una indecible nostalgia que le atenazó la garganta. Luego se trasladó de la embajada japonesa en Pekín a Tientsin, una ciudad china dentro de la concesión japonesa donde vivió siete años en los que a pesar de los consejos provenientes de todas las corrientes, no llegó a tomar decisión alguna. En el Palacio Temporal que allí habitó, Chen Bao Chen y Cheng Hsiao-Hsu, recibieron el nombramiento de consejeros privados; por esta época se separó de Johnston.

Para los inicios de la década de los treinta, los intereses expansionistas del Japón en Asia, se centraron muy especialmente en el norte de China. Pero como los habitantes del norte odiaban profundamente a los japoneses, éstos decidieron fundar un estado japonés en territorio chino, con un gobernante chino obediente que mediara entre el ejército japonés y el pueblo chino colonizado, esto le permitiría al Japón ejercer indirectamente el poder. En su momento, llegó la oportunidad que Pu Yi aguardaba. El ejército japonés le aseguró que deseaba ayudar a la población mongolmanchú del Nordeste de China a fundar un estado independiente, para lo cual le proponía reposicionarlo en su trono imperial y en la tierra de sus antepasados; en conclusión, allí lo esperaban 30 millones de subditos y el ejército japonés apoyaba su restauración. Previa aceptación por parte del emperador y a pesar de la opinión de Chen Bao Chen quien le advertía que, exceptuando al embajador y al cónsul general, el emperador "no debería prestar oídos a ningún japonés" (245), en noviembre de 1931, un oficial japonés del estado mayor fue encargado de conducir al emperador desde Tientsin al Nordeste. El emperador veía realizado su sueño de la "restauración con el apoyo de las potencias extranjeras" (207). Poco antes, Wen Hsiu había solicitado y obtenido la separación. Fue entonces cuando cayó en la cuenta de que él "no entendía nada del amor" (254). En esta ciudad, por última vez, se despidió de Chen Bao-Chen.

Dadas las circunstancias políticas, a saber, no había un previo acuerdo entre el gobierno central de Tokio y los militares que operaban en el Nordeste y el acoso de la prensa, le fue preciso huir en el maletero de un vehículo, abandonar riesgosamente la zona de concesión japonesa y abordar, en la oscuridad, una lancha a motor blindada especialmente para esta operación, que lo debía acercar al barco que lo llevaría a su encuentro con el trono. Lo que no sabía el emperador era que la lancha portaba un gran bidón de gasolina para, en el caso de ser descubiertos por la marina china, prender fuego a la embarcación y destruirla con su cargamento humano. Mientras viajaba, con frecuencia imaginaba el recibimiento que le tributaría la entusiasmada multitud de subditos del Nordeste. Mas cuando la lancha se fue acercando al muelle se encontró con que no había "un solo chino, ni un solo manchú" (277). Allí abordó el barco que lo condujo a Port Arthur en donde, sorprendido, se dejó llevar al primer piso de un hotel que, por seguridad, le fue prohibido abandonar. En ese momento alcanzó a percibir que aunque los japoneses le daban siempre el tratamiento de Vuestra Majestad, en él no veían al monarca. Al mismo tiempo empezó a notar que su consejero Cheng Hsiao-Hsu intentaba a través de él alcanzar el poder que le concedía el favor de los japoneses. En este lugar le fue prohibido recibir la visita de Chen Bao-Chen, quien había hecho el viaje desde Tientsin expresamente para volver a verle. Exactamente un día antes de su vigesimosexto cumpleaños y tres meses después de estar incomunicado en Port Arthur, se le notificó que en el Nordeste de China Japón había fundado una república y que él sería el "jefe de Estado". Ante la negativa de asumir otro lugar que no fuera el de emperador como le habían prometido, los japoneses le dieron un ultimátum en el que lo conminaron a aceptar. Sin otra salida posible más allá de obedecer, se le ocurrió pensar que éste podría ser el primer peldaño de una escalera que ascendida con habilidad, podría devolverle el trono. Al mes siguiente, cuando ingresó a la futura capital, fue recibido en medio de aclamaciones que le hicieron sentirse orgulloso y lleno de esperanza.

Después de la ceremonia de instalación en su cargo como presidente de Manchukúo, al día siguiente de su llegada, Cheng Hsiao-Hsu, le dijo que el general Honyo lo había propuesto a él como primer ministro y le había pedido que formara un gabinete cuya lista de

ministros y comisionados especiales le presentaba para ser firmada. El presidente firmó esta lista de designados sin objeción, efectuando así su "primer acto de gobierno" (285). En sus primeras reflexiones se propuso "no ser más culpable de sus pecados de pereza y frivolidad" (285) de los que lo había acusado su preceptor Chen Bao-Chen desde hacía diez años, y dedicarse desde muy temprano al trabajo; pero muy pronto se dio cuenta de que no había asuntos de Estado por atender; él era un presidente de papel que no podía siquiera determinar el momento de abandonar su residencia, y sus ministros no dependían de él, ni de Cheng, sino de un primer ministro japonés a quien obedecían. El presidente sólo debía firmar sin objeciones. Un año después de ocupar la presidencia de Manchukúo, las tropas japonesas establecieron un control más amplio sobre el norte de China, y desde Tokio recibió la comunicación especial de que el gobierno japonés le reconocía como emperador de Manchukúo. En estado de júbilo pensó con emoción que nuevamente llevaría los ropajes del Dragón el día de su entronización, pero Cheng le aclaró que el ejército japonés quería verlo vestido "en aquella solemne ocasión con el 'uniforme de gala de un generalísimo de las tropas de tierra, mar y aire'" (294). Dada su indignación se le permitió usar un ropaje del Dragón en la primera parte de la ceremonia, pero después debería usar el uniforme militar. Salvo este incidente, inicialmente recibió del Japón el trato respetuoso que se debe a un emperador.

Un año después, el ejército japonés precisó, en comunicado oficial, que su entronización no significaba la restauración de los Ching y le prohibió vestir los ropajes del Dragón. Muy pronto conoció de la ejecución de un alto dignatario de Manchukúo que pretendió alentar la resistencia contra Japón y comprendió que no tenía otra salida que obedecer al ejército japonés, el cual no tardó en impedir al emperador recibir persona extraña sin previa aquiescencia de Yoshioka, el "agregado de la intendencia imperial" (305), el hombre de quien finalmente se servía el ejército japonés para gobernar a través de Pu Yi, y que en los últimos diez años de invasión no se apartó de su lado. Todos sus actos, sus gestos, sus desplazamientos y sus discursos estaban bajo la dirección de Yoshioka. Su llegada coincidió con la retirada de Cheng Hsiao-Hsu por voluntad del ejército del Kwantung, quien lo puso en arresto domiciliario por haber protestado contra el yugo

político que Japón imponía a Manchukúo. Tres años después el último consejero murió súbitamente y "completamente desengañado" (301). Entonces el emperador se sentía embargado de temor. Por Yoshioka le fue negado el permiso para las visitas de sus parientes; su correspondencia era leída y Yoshioka decidía la que se le podía entregar. Fue más tarde cuando comprendió que la vigilancia en torno a él "estaba organizada hasta sus más pequeños detalles" (310). Fuera de ello, la arremetida contra China en el proceso de colonización estuvo acompañada con la promulgación de leyes que imponían castigos, multas, impuestos y restricciones por ordenes del ejército pero en nombre del emperador. Paradójicamente, mientras hacia afuera carecía de poder y obedecía irrestrictamente a los japoneses, con la servidumbre de palacio "reinaba como dueño y señor de ilimitados poderes" (320) y se permitía los tratos más crueles. Pero aunque el emperador no fuera más que un prisionero, fueron de gran importancia los "Decretos Imperiales" (311) en la colonización japonesa del Nordeste, cuya lectura en las escuelas se hacía cada año con gran ceremonia en un solemne ritual en el que todos los escolares tenían que saber recitarlos de memoria. El ejército además lo obligó "a suscribir un documento en el que se determinaba que todo hijo varón que [...] tuviera, sería enviado a Japón al cumplir cinco años para recibir allá la debida formación e instrucción" (307). La situación llegó a un punto máximo cuando Yoshioka le ordenó unificar religiosamente a Manchukúo con Japón, lo cual implicaba declarar al Sintoísmo como religión oficial e inhibirse de practicar su religión y de acudir públicamente a hacer sacrificios en las tumbas de sus antepasados. Pese a su profunda religiosidad, fue más fuerte el instinto de supervivencia, pues sabía que su vida dependía de su obediencia a los japoneses. Éstos, por su parte, no ahorraron ningún esfuerzo en contratar expertos para convertirlo al Sintoísmo. Pero Pu Yi seguía "haciendo ofrendas a sus antepasados en casa, aunque aceptara públicamente la nueva religión" (314). Desde entonces empezó a embargarlo una preocupación: ¿Cómo protegerse del Japón?

Cuando empezaron a vislumbrarse los primeros signos de la derrota del Japón, le invadió el temor de ser asesinado antes de la capitulación, para impedir que fuera testigo. Sin embargo, en agosto de 1945 Yoshioka lo informó sobre la capitulación japonesa, la decisión

de trasladarse a Tokio sin que se le pudiera garantizar la seguridad, y le hizo firmar su tercera abdicación. Acto seguido, dejando a Wang Momo, a su nueva concubina y a la emperatriz, y llevando consigo a Pu Chi, otras dos hermanas y tres sobrinos, abandonó con Yoshioka el Nordeste de China. Pero sus planes fueron delatados y apenas atravesaron la sala de espera en el primer aeropuerto, unidades soviéticas desarmaron a los japoneses y 24 horas después, Pu Yi voló en un avión soviético hacia la URSS, donde permaneció durante cinco años recluido. En los primeros tiempos en Rusia, la familia tenía algunos criados y luego, cuando cambiaron de reclusión, su familia se encargaba de hacer todo por él; mientras tanto, Pu Yi, "intentaba todo para ser bien visto por los soviéticos" (351). En este lugar, la familia tenía a disposición una pequeña parcela donde podía cultivar verduras, en la que a Pu Yi le resultaba fascinante "contemplar cómo los verdes tallos crecían diariamente" (350), y regarlos al anochecer era un placer para él. Allí recibió los primeros libros para la formación política de la familia. Pu Chie y sus cuñados, fueron encargados de hacer los resúmenes y conferencias extraídos de los libros durante las clases. Pero mientras alguno de ellos hablaba en calidad de maestro, Pu Yi se ocupaba de pensar por cuánto tiempo podría vivir, en Moscú o en Londres, con las joyas que tenía escondidas, o se "preocupaba por las berenjenas que cultivaba" (350).

A los cinco años fue trasladado a China con los otros criminales de guerra. Sabía que en la Unión Soviética había sido bien tratado por pertenecer a los Países Aliados, pero en la China, era impredecible lo que podría suceder, más aún cuando justo ese año Mao Tse-Tung al mando de las fuerzas comunistas había derrotado a Japón, recuperado sus territorios e instaurado el 'régimen comunista' en China. Fue así como llegó a Pekín en medio de rostros grises por la perspectiva de la muerte. Allí inicialmente fue recluido en una celda con su familia; luego, un hombre se informó de la literatura que habían leído en la Unión Soviética y les envió libros para que continuaran su formación política. Pero se llegó el día en que la administración de la cárcel lo separó de su familia y pasó a ser el recluso número 981. El director de la cárcel, el mismo que había enviado los libros, un día le preguntó, a raíz de su solicitud de regresar con su familia: "¿No has pensado nunca que tienes que aprender de una vez a cui-

dar de ti mismo?" (365). Pu Yi, que no se había lavado los pies por sí mismo, ni atado nunca los cordones de sus zapatos; que "no había tocado nunca objetos como una cuchara o un cuchillo de cocina, unas tijeras o aguja e hilo" (367), separado de su familia, durmiendo sobre esterillas en el suelo, se encontró en la cárcel en una situación desesperada por su temor de ser condenado a muerte y por su incapacidad para cuidar de sus ropas y de su persona. Harapiento, veía con melancolía las paredes altas y frías de la cárcel. "Tras aquellas paredes se habían hundido tantas cosas [que le] costaba un gran esfuerzo mantener un cierto apego por la vida (368).

Transcurrido algún tiempo, un delegado oficial aseguró a los prisioneros de guerra que el gobierno no pensaba condenarlos a muerte, porque estaban convencidos de que "la mayor parte de los criminales pueden ser transformados en hombres nuevos. El comunismo quería reformar el mundo y para alcanzar este ideal era necesario dar primero una nueva formación a la sociedad y a los hombres" (372). Entonces los estudios comenzaron a realizarse bajo la vigilancia de un responsable de la formación política. El tema a tratar era ¿Qué es una sociedad feudal?. Además, y argumentando que "la ideología de cada persona es inseparable de su origen y está vinculada a su historia" (374), el responsable de la formación política le pidió al grupo de criminales de guerra que cada uno escribiera su autobiografía. Todo ello hacía parte de la política del gobierno "de reeducación y nueva formación de los criminales" (439). A raíz de que a Pu Yi se le ocurrió agradar al director con una lujosísima joya, éste un día se le acercó en el patio y le dijo: "recuerda que para nuestro pueblo no significan mucho las joyas. Lo que cuenta es el hombre, el hombre reformado por la nueva instrucción que recibe" (380). Pero a Pu Yi jamás se le había ocurrido pensar que debía ganarse la vida, por ello confiaba el futuro a su reserva de joyas. Sin embargo, se llegó el momento en que decidió entregarlas al director y en estado de arrepentimiento escuchó de su voz la consigna carcelaria: "Quien confiesa, puede contar con la benevolencia; quien se somete a la reeducación, verá disminuido su castigo y quien contraiga méritos, será recompensado independientemente de su pasado" (388). Entonces reparó en que su autobiografía estaba llena de falsedades. Posteriormente la dirección de la cárcel dio orden de escribir cuanto supieran sobre los crímenes de

los japoneses en el Nordeste. Entonces reconoció la dimensión de su responsabilidad y tomó la decisión de reformarse por completo. Cuando así lo expresó al oficial, éste le respondió que debía demostrarlo con acciones con su comportamiento y no con palabras. Pu Yi confesó por escrito, omitiendo algunos detalles y evadiendo algunas responsabilidades, las diversas relaciones que había mantenido con los japoneses.

Dos años después de su llegada, los criminales de guerra fueron trasladados a un lugar más espacioso donde estudiaban cuatro horas y trabajaban otras cuatro. En este lugar se reveló toda su incompetencia en el mundo laboral. Le resultaba casi imposible ejecutar su oficio de pegar cajas. Entonces, aislado del grupo que había decidido trabajar en serio, sus pensamientos empezaron a volar del "pegado de las cajas al rostro odioso Tze Hsi cuya vista [le] había sobresaltado tanto cuando era un niño de dos años" (398). Esa imagen que le inspiró siempre un sentimiento de temor y que ahora le parecía aborrecible. Por culpa de aquella educación era un ser humano incompetente. Entonces entró en un estado de profundo pesimismo y autodegradación, pero la crítica de sus compañeros de reclusión le hicieron comprender que la clave de la problemática del "existir humano" no estaba en cómo se comportaban los otros hacia él sino en él mismo. Un día le fueron entregados los informes que sobre él habían hecho en sus confesiones su familia y los antiguos ministros de Manchukúo. Allí estaban revelados los detalles que él había omitido y, arrepentido, concluyó que la única explicación para su actuación en el pasado estaba en su cobardía y su temor. De esta manera las confesiones de los otros le ayudaron a configurar un nuevo concepto de lo que era él: "un hombre culpable, que no podía sentirse orgulloso de nada y para el que no había justificación posible" (411). Este fue el primer resultado del método de "mutuas acusaciones y el reconocimiento de culpas" (419), por medio del cual todos los criminales de guerra chinos y japoneses fueron invitados a reconocer su culpa y a aceptar su castigo, impuesto por el Tribunal. Hasta la cárcel en Pekín llegaban los rumores de que los antiguos prisioneros japoneses, dejados en libertad este año, "se oponían al militarismo japonés y defendían la independencia, la paz y la democracia, a pesar de que estaban sometidos a una severa vigilancia" (432). De igual manera

en la cárcel, Pu Yi y sus compañeros prisioneros de guerra, experimentaban el "deseo de luchar por una nueva existencia humana" (433). Esto le llevó a la conclusión de que "el Partido Comunista transformaba a las personas mediante el ejemplo y el progreso del saber" (432).

En la cárcel solían hacer representaciones propuestas por la comisión de estudio de los prisioneros, en las que tomaban parte los talentos que había en el grupo y en las que no faltaban aquellas representaciones de los crímenes políticos cuyo efecto educativo hacía que la sala estallara en lágrimas. Pero Pu Yi, no había participado de manera activa en las representaciones, ya que todos, incluido él, lo "consideraban demasiado torpe y desmarñado para resultar de provecho en parte alguna" (435). Por ello, cuando el viejo Chu lo dejó cantar se lo agradeció "con toda el alma" y se sintió "profundamente conmovido por aquella muestra de confianza" (435). A los cinco años tuvo la oportunidad de realizar tareas que implicaban el uso de la fuerza y el trabajo corporal que lo condujeron a un alto grado de entusiasmo y de confianza en sí mismo. Entonces, descubrió que "tan sólo en los trabajos que requerían fuerza física, podía superar a los demás" (445). Sin embargo, mucha gente seguía "con la idea de que el emperador del cielo había impuesto a los hombres el trabajo como castigo y solamente los comunistas lo consideraban como un derecho elemental" (443). En una ocasión, el director de la cárcel anunció a los reclusos que tenían que someterse "a un control ideológico para apartar los últimos obstáculos que se oponían al desarrollo de la adecuada mentalidad. Para ello [...] cada uno describía a los otros las transformaciones operadas en sus ideas para que pudieran discutirse los eventuales problemas no solventados todavía" (446). A raíz del resultado positivo de este control, Mao Tse Tung, Presidente del Comité Central del Partido Comunista de China, firmó la petición de su indulto y éste rápidamente le fue notificado, cuando Pu Yi tenía 54 años. Una vez en libertad, se enfrentó por primera vez en la vida a las calles de Pekín, en las que casi todo sucedía por primera vez para él. Luego visitó al hijo adoptivo de Wang Momo y conoció la historia de su vida. Supo además que Wen Hsiu trabajó como maestra en una escuela primaria de Pekín y que en 1950 falleció, y que Wang Run había terminado por perder la razón a causa de la falta de opio. Ini-

#### EL ÚLTIMO EMPERADOR DE CHINA

cialmente ingresó como jardinero en el Jardín Botánico de Pekín en calidad de especialista de plantas tropicales y luego ocupó el puesto de investigador literario e histórico. Tres años después de su indulto inició con su novia Li Chu-Hsien una nueva relación de pareja.

Según Ricard Schirach, Pu Yi, estuvo sometido durante nueve años a un proceso de reeducación en el que se llevó a cabo "la total conversión de un soberano absoluto en un subdito común" (475). Pero en general piensa que Pu Yi no pudo ser un ser humano auténtico. Sin embargo, considera que la política de reeducación de la China Comunista promulgada por Mao desarrolló "los modelos pedagógicos requeridos por la propia circunstancia revolucionaria china" (475) pero a la luz "de la milenaria fe del confucionismo en la educabilidad del hombre para el Bien" (476) que con Mao garantiza su continuación en la tradición.

Pu Yi muere en 1967 y en 1980, Li Chu-Hsien deposita la urna con sus cenizas en una salita lateral del Cementerio de la Revolución (486).

#### **Ficha técnica**

**Título original:** *The Last Emperor*

**Título en español:** *El último emperador de China*

**Director:** Bernardo Bertolucci

**Lugar:** Italia, Gran Bretaña, China.

**Año:** 1987

#### **BIBLIOGRAFÍA**

**Pu Yi. Yo fui el último emperador.** Barcelona, Círculo de Lectores, 1988